



ADMINISTRACIÓN:  
 RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14  
 BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147  
 Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:  
 D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:  
 D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.  
 Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.  
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.  
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.  
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.  
 D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.  
 D. Juan Vidal de Llobàtera.

D. Ramón Vila y Colomer.  
 D. Tirso de Olazábal.  
 D. Manuel Rodríguez Maillo.  
 D. Carlos Cruz Rodríguez.  
 D. Reynaldo Brea.



*Antonio Brea*

## NUESTRO CRITERIO

**N**o con ánimo de constituirnos en maestros, ni mucho menos con el de provocar polémica con un periódico tan de nuestra simpatía y estimación como *El Centro*, de Valencia, nos permitiremos recoger algunas apreciaciones que aparecen en el número 220 de dicho semanario.

Somos los primeros en reconocer el excelente espíritu carlista que informa los actos de todos y cada uno de los redactores de *El Centro*, periódico del cual hemos dicho—y no nos pesa—en EL ESTANDARTE REAL que era uno de los que «más y mejor se adaptaba al temperamento carlista».

¿Cuál fué el origen de nuestra apreciación, en la cual no había átomo de lisonja?

Pues el sabor bélico—permítasenos la frase—que siempre dominó en todos sus escritos.

¿Y de dónde procedía tal opinión por nosotros formulada?

No de otra cosa que del convencimiento que nos anima de que todo cuanto tienda á recordar á nuestros correligionarios las pasadas glorias, les ha de ser simpático y motivo de entusiasmo para nuestras masas, apasionadas hasta el delirio y tal vez un tanto levantiscas, porque han cobrado el sér y se han educado entre el fragor de los combates y el olor de la pólvora.

Hoy como ayer y mañana como hoy creeremos siempre que la Comunion tradicionalista está encarnada en las ideas religiosas, en las de Patria y en las realistas que nos dieron en legado los heroicos defensores de la Independencia española y de los derechos del Rey.

Tres luchas sangrientas lleva consumadas el Partido carlista, y á pesar de la sangre derramada, de los sacrificios realizados y de tantas vidas inmoladas, no ha visto coronados sus esfuerzos con el logro de sus esperanzas. ¿Han menguado éstas, á pesar de las contrariedades sufridas? ¿Ha decaído el entusiasmo en los carlistas de corazón, porque en una y en otra guerra hayan visto caer por tierra sus más gratos ensueños? ¿Creen después de los reveses sufridos que ha terminado su misión? No, y mil veces no; que si tal pensaran, hubiera dejado de ser nuestro Partido, y á semejanza de las agrupaciones que nacen sin vida por faltarles el calor y la savia que sostienen aquélla, hubiera cedido al primer contratiempo, y de los hombres y de las hazañas que esos hombres realizaron en un período de siete años de porfiada lucha, no quedaría más que el recuerdo consignado en la Historia y el que guardarán los descendientes de aquellos bravos defensores del Altar y del Trono.

Porque la obra iniciada por nuestros abuelos no logró éxito feliz, es porque continuaron sus hijos y nosotros hemos seguido alentando por las ideas mismas que á ellos les llevaron al sacrificio y á la muerte.

Lejos de abominar de los procedimientos por nuestros ascendientes empleados, nos hemos amparado de los mismos cuando la Providencia así lo ha dispuesto, sin que se nos haya antojado ni por un momento que pretender rescatar un trono con las armas era abusivo

y depresivo á la vez, pues si la fuerza no se doblegaba ante el derecho, preciso era imponer el derecho haciendo uso de la fuerza.

¡Que los poderes que levantan y sostienen las bayonetas, á bayonetazos caen! nos dice *El Centro* en su número ya citado.

No por ser bella la frase es exacta en el sentido absoluto de la palabra, y no podemos, por tanto, admitirla como verdad inconcusa, mayormente cuando la Historia nos ofrece casos de poderes legítimos que se consolidaron por la fuerza de las armas, no prohíbe su empleo la Iglesia y aun los mismos Pontífices se han amparado de la misma cuando de la defensa de derechos hollados ó de creencias vulneradas se trató. Y á las bayonetas han recurrido y recurrirán siempre los pueblos, por muy civilizados y católicos que sean, siempre que un poder ilegítimo trate de hollar sus fueros ó de invadir su territorio.

Sólo, pues, reconociendo en los gobiernos liberales presentes y futuros una legalidad del todo legítima, podríamos renunciar á procedimientos que, si por la fuerza de las circunstancias resultarían hoy temerarios y por ende contraproducentes, no han caído ni es posible caigan en desuso.

Más dice aún nuestro ilustrado compañero de Valencia: que no quiere que á Don Carlos le eleven las bayonetas, sino los corazones, porque los corazones respetan el derecho y el derecho hace fuertes á los gobiernos.

Conformes de toda conformidad, si diéramos sólo con corazones tan magnánimos que á una sola indicación del poseedor del derecho se rindieran á éste y no hiciesen necesarias las bayonetas.

Mas esto de sobra sabemos no sucede así, y por lo mismo no aceptamos un criterio tan optimista.

Que el derecho hace fuertes á los gobiernos es muy cierto; pero no en términos tales que sin el apoyo de la fuerza puedan hacer frente á las agrupaciones tumultuosas que, imbuídas del espíritu liberal, apenas si obedecen á otra imposición que á la coactiva.

¿Es esto decir que nosotros, ó mejor EL ESTANDARTE REAL,—pues si por alguien son estimadas como genialidades nuestras las afirmaciones hechas, aceptamos por entero la responsabilidad que por ellas nos quepa,—es esto decir que somos enemigos de la política de paz y de persuasión y que por sistema seamos defensores de la guerra?

Muy lejos de nosotros tal opinión.

Según nuestro sentir, el buen carlista no debe ser partidario ni enemigo de la lucha armada.

Las circunstancias, conducidas por mano providencial, son las que determinan lo más conveniente.

Además, Jefe tenemos que viene obligado á asumir la responsabilidad de sus mandatos, y si El, previo el consejo de las personas de su confianza, juzga pertinente la guerra, guerreros debemos ser, ó coadyuvar al feliz suceso de aquélla, y si se nos manda estar quietos, obligados venimos á acatar su soberana decisión y á luchar en el terreno que nos fuere asignado.

Esta es nuestra norma, y á ella hemos de sujetar

siempre nuestra conducta, sin que esto signifique que dobleguemos servilmente el criterio á pensar lo que piense el Rey.

Partimos del principio de que quien manda, *pudiendo mandar*, siempre manda bien, y dejando así la responsabilidad toda á quien nos traza el camino que seguir debemos, queda tranquila nuestra conciencia, seguros de acertar siguiendo al pie de la letra los mandatos del superior.

Así, por ejemplo, y aunque sea descender á un terreno vulgar, pero práctico, supongamos que hoy se le antoja á Quien puede, ordenar á sus súbditos que salgan á campaña. Nosotros creeríamos inoportuna tal orden; pero la acataríamos sin reparo, segurísimos de que Aquel que está en la cumbre alcanza á ver mucho más que los que ocupamos el valle, y con esta persuasión y pensando que *por algo* se había dispuesto el alzamiento, lo apoyaríamos con todas nuestras fuerzas.

Opinar de otra manera es, á nuestro modo de ver, faltar á la obediencia y sumisión que al Jefe supremo hemos jurado; y predicar teorías tan escuetas como las que se desprenden de las frases de nuestro colega estimadísimo *El Centro*, podría creerse por algunos que es rebajar el mérito de los que pretendieron encumbrar á Don Carlos imponiendo el derecho por la fuerza, que quisieron levantar y sostener un poder con las bayonetas, bien seguros de que, una vez entronizado, no lo habían de derrocar otras bayonetas, y que por fin, si bien ansiaban, como ansiamos todos, que á Don Carlos le elevaran los corazones, reconocían y reconocemos también nosotros que puede llegar el caso, Dios sabe si próximo ó remoto, de que sean menester los proyectiles de guerra para imponerse á los corazones rehacios á aceptar una situación que luego de conocida serían los primeros en aceptar de buen grado y estimar con pasión.

No se pretenda deducir de nuestras afirmaciones y juicios que hacemos una apología incondicional de la guerra.

Ya hemos indicado no ser tal nuestro ánimo, mayormente cuando, si en nuestra mano estuvieran hoy los destinos del partido carlista, no habíamos de dejar oír el clarín que llamara á sus huestes al combate. Sólo nos hemos propuesto hacer constar que si gustosísimos y sin violencia alguna aceptamos el actual sistema de propaganda, por creerlo, en nuestro humilde criterio, el más acertado y el único posible, nos parece no hemos de rehuir jamás la responsabilidad que por el pasado nos pueda caber, ni alejar de la mente de nuestros correligionarios la posibilidad de que venga un mañana que recuerde el ayer de nuestra historia contemporánea.

Más aún: de igual manera que dejaría de tener razón de ser nuestro partido sin la idea religiosa que lo informa, ni poco ni mucho se impondría á nuestros adversarios y había de perder gran parte de su fuerza moral, el día en que estuviese privado del tinte guerrero que lo caracteriza, diferenciándolo de todos los demás de oposición.

Aun aceptando literalmente nuestro sentir, será siem-

pre la Comunion tradicionalista personificada en Don Carlos una esperanza y no un temor, no precisamente por la consideración de que estriba á veces la salud del cuerpo en la amputación de uno de sus miembros, que otra cosa no es la guerra, sino porque aun los mismos que hoy rechazan nuestra cooperación es muy posible se amparen mañana de nosotros, como único baluarte contra el cual se ha de estrellar la revolución, *gracias al prestigio que hemos adquirido después de tres guerras civiles*.

Menguados serían, por otra parte, nuestra fe y nuestro entusiasmo, si por desastres sufridos en contiendas cuyo término se ha logrado con intrigas y no con nobleza y armas de buena ley, nos juzgásemos impotentes para recabar en ocasión más propicia lo que antes no logramos.

¿Nos solazaríamos recordando nuestras pasadas glorias militares, si nos juzgásemos incapaces de renovarlas, supuesto que no llegamos á la meta de nuestros deseos?

No por cierto, y en tal caso no tendría razón de ser EL ESTANDARTE REAL, que á la vez que dignificar á los héroes de nuestras guerras, perpetuando sus hazañas, se propone estimular á la entusiasta juventud carlista, y educarla militarmente por si llegara el caso de defender algún otro día con las armas la bandera de la Religión y de la Patria.

Vamos á terminar repitiendo lo que ya antes apuntamos: que no tenemos inconveniente en que sean aceptadas como genialidades exclusivas nuestras muchas de las ideas aquí vertidas; pero aun así, abrigamos la seguridad completa de haber interpretado el pensar y sentir de los más de nuestros lectores, como también el de la mayoría inmensa de los que se batieron en los campos de batalla por la enseña gloriosa de Dios, de la Patria y del Rey.

FRANCISCO DE P. OLLER.

## LA PLAZA DE MORELLA EN 1838

El año 1838 fué de grandes episodios para el ejército carlista. Dueño casi por completo de las Provincias Vascongadas y de la mayor parte de Navarra, tenía que hacer frente á otro ejército muy superior, numéricamente, protegido por el Ebro y apoyado en infinitos puntos fortificados; así es que, tanto para distraer la atención de esta fuerza, cuanto para disminuir los enormes gastos que ocasionaban sus fuerzas en tan limitado territorio, obligó á los Jefes carlistas á recurrir al sistema de las expediciones fuera de sus líneas.

Este sistema fué siempre fatal para los carlistas; pues no sólo tenían que operar en países completamente dominados por los liberales, sin confidencias y sin punto de apoyo, sino que tenían la seguridad de ser perseguidos por fuerzas superiores desprendidas del ejército del Norte, además de las que se les presentasen á su encuentro procedentes del interior del país. Hasta entonces se había practicado este ensayo

diferentes veces con las expediciones al mando de Guergué, Batanero y Gómez, en las que, á pesar del heroísmo demostrado por aquellas sufridísimas fuerzas, tuvieron que volver á sus hermanos del Norte. Estos ejemplos demostraron al entonces General en jefe D. Nazario Egúta que era mucho más conveniente sacrificar estas fuerzas extendiendo nuestras alas por la provincia de Santander y por el Alto Aragón, conservando el apoyo del centro; pero contra esta prudente opinión prevalecieron las órdenes del Cuartel Real para que lanzase dos nuevas expediciones dirigidas á Castilla y á la Mancha, á las órdenes de los Generales Conde de Negri y D. Basilio García.

Estas expediciones, en particular la segunda, hicieron prodigios de valor y de sufrimientos, como las que las habían precedido, haciéndose respetar y consiguiendo muchos triunfos durante siete meses en muchas provincias de España; pero al fin ambas fueron sorprendidas por el enemigo y sus restos tuvieron que ir á refugiarse al ejército carlista de Aragón, en época en que aun pudieron prestar nuevos y relevantes servicios, los cuales vamos á relatar.

Cabrera, figura heroica en aquellos tiempos, y que tan mal ha concluído su brillante historia, restablecido de las heridas que había recibido en Rincón de Soto, hacía poco tiempo que había vuelto á ponerse al frente de sus fuerzas y las estaba reorganizando, cuando recibió la inesperada noticia de que una pequeña fuerza castellana, destinada al bloqueo de la plaza de Morella, se había apoderado de ella por sorpresa y que ya ondeaba en su castillo la bandera de Don Carlos V. La alegría de Cabrera fué inmensa, pues la posesión de dicha plaza ponía en su poder la clave de todo el Maestrazgo. El episodio de la sorpresa de esta plaza por un corto número de voluntarios dirigidos por el joven Teniente catalán Sr. Aliot, es digno de ser consignado como hecho heroico en las páginas de EL ESTANDARTE REAL, y algún día tendré el gusto de comunicárselo, por habérselo oído explicar en el mismo sitio por donde se verificó, por el citado Aliot, que recibió como recompensa el empleo de Capitán y la cruz laureada de San Fernando.

Al siguiente día se presentó Cabrera en dicha plaza, donde fué recibido por sus moradores y voluntarios con transportes de júbilo; nombró Gobernador del castillo al bravo Coronel D. Magín Solá, y de la plaza al de la misma graduación D. Ramón O'Callaghan. Abasteció la plaza de víveres y municiones; dejó un Batallón de guarnición, y colocó en ella las oficinas de Administración. Después de hecho esto, dijo: «Ahora, si quieren la plaza que me la vengán á quitar.»

Este intento debía verificarse. El General D. Marcelino Oráa, reputado por Cabrera como el mejor General del ejército liberal, y á quien solía designar con el apodo del *Lobo cano*, mandaba las fuerzas de Aragón y no podía tolerar que plaza de tal importancia permaneciese en poder de Cabrera, á quien á su vez apodaba el *Estudiante*; así es que desde luego comenzó á estudiar el modo de volver á apoderarse de Morella y de pedir al Gobierno los elementos ne-

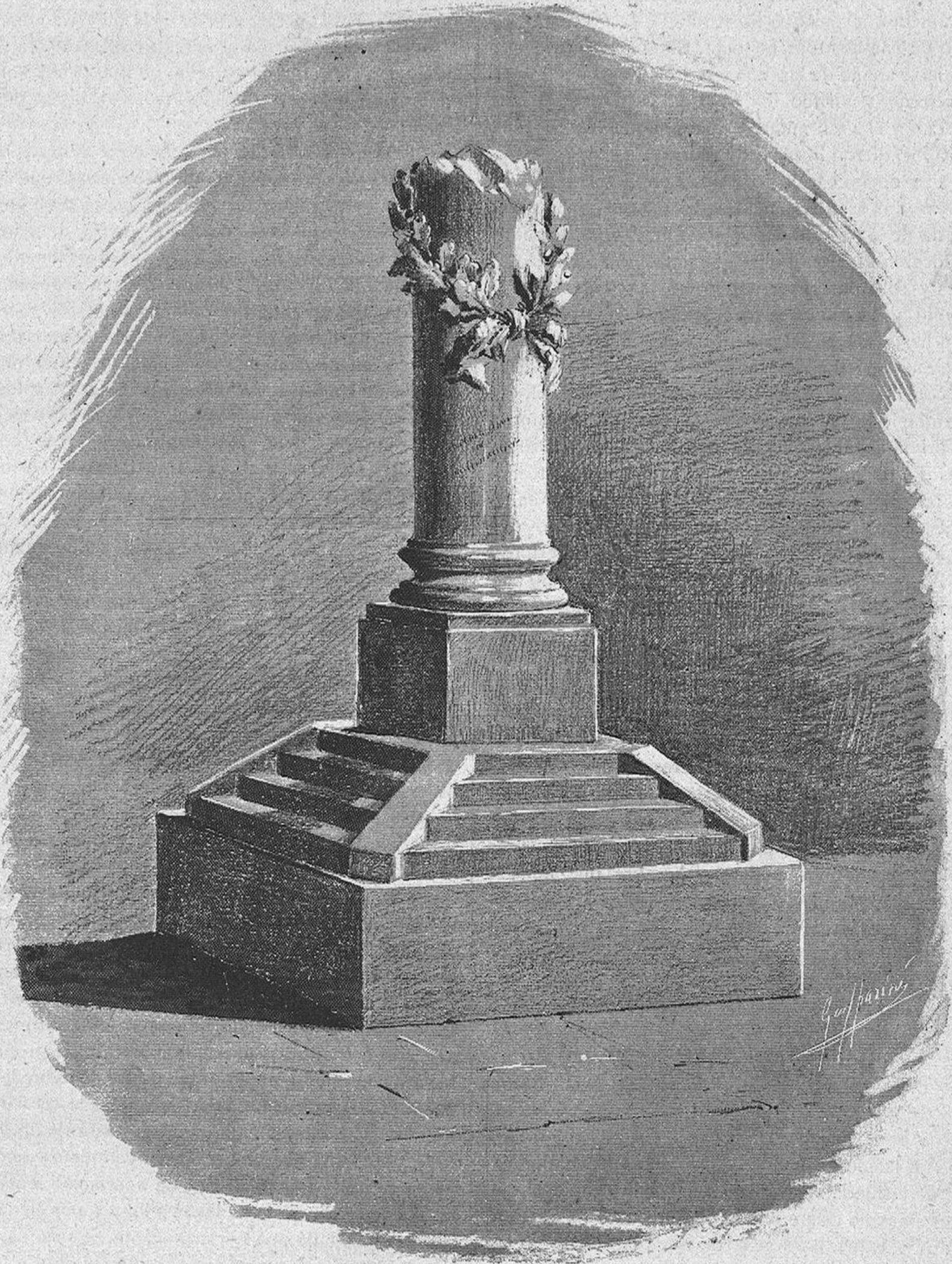
cesarios. Estos consistían en 22 Batallones, 15 Escuadrones, 20 piezas de Artillería, entre ellas ocho de 16 y 18 y tres morteros. Estas fuerzas fueron divididas en tres divisiones y una de reserva, á las órdenes de los Generales Borso, Pardiñas, San Miguel y Nogués. A estas fuerzas debían acompañar dos millones y medio de raciones de pan y etapa, millón y pico de vino y aguardiente, 360.000 de cebada y el calzado, vestuario y municiones necesarias.

Inútil y demasiado largo nos parece el dar en estos apuntes los detalles de la marcha del ejército mandado por Oráa, que habiendo salido de Teruel el 14 de Julio, no llegó á la vista de Morella hasta el 12 de Agosto y hasta el 14 no rompieron el fuego sus baterías contra la plaza. Baste decir que desde que se internaron en el Maestrazgo, durante el sitio y hasta su retirada á Alcañiz, las fuerzas carlistas no dejaron de hostilizarlos, atacando sus flancos, sus convoyes y su retaguardia, pudiendo asegurarse que el combate no cesaba ni de día ni de noche; que los actos de valor se multiplicaban entre los unos y los otros, como buenos españoles, y que las pérdidas de los liberales fueron siempre mayores que las de los carlistas, porque éstos se batían en su país y sabían escoger mejor sus posiciones. Esto puede asegurarse el que suscribe, porque desde el primer día asistió con el Batallón de su mando á todas las operaciones, en las cuales perdió más de la mitad de la fuerza que mandaba.

Entretanto, Cabrera no había perdido su tiempo; las derrotas de las expediciones de Negri, García y Merino, cuyos restos habían sido incorporados al ejército de Aragón, no sólo le procuraron un excelente núcleo de jefes y oficiales de que tanto necesitaba, sino también de cerca de 2.000 voluntarios aguerridos, procedentes del ejército del Norte. Este refuerzo subsanó la falta que experimentaron sus filas de los cuatro Batallones aragoneses y valencianos que siguieron á Gómez en su expedición. Todos ellos se batieron bizarramente en cuantas acciones se dieron contra Oráa, desde su salida de Teruel, durante el sitio y hasta su retirada á Alcañiz.

Cabrera encomendó la defensa de Morella al Conde de Negri, dejando de guarnición el Batallón de Guías de Aragón, el 2.º de Tortosa, tres Compañías de preferencia de Valencia y la fuerza necesaria de Artillería y de Ingenieros, esta última á las órdenes del Comandante Besieres. La comunicación con la plaza durante el sitio fué constante entre nosotros; por consiguiente, no podía carecer la población ni aun de víveres frescos.

Colocada la artillería de sitio convenientemente y á una distancia de 200 metros, rompió el fuego el día 14 contra la muralla de la plaza comprendida entre la puerta de San Miguel y la torre redonda. Esta antiquísima muralla no está protegida por foso ni estacada; se halla rodeada por 12 ó 14 torreones y su altura varía de 10 á 14 metros; esta fortificación, que pudo ser formidable antes de la invención de la pólvora, no lo es de ningún modo para la artillería moderna, y su principal defensa consiste en un eleva-



Palacio Loredán.—Monumento á la memoria del General Ortega.

do castillo construído sobre una roca escarpada. Bien pronto quedó destruída la muralla en una extensión de 20 metros, y quedó decidido por Oráa que en la noche del 15 se daría el asalto.

A este efecto marcharon las tropas liberales en tres columnas, mandada la primera por los Coroneles Or-

tiz y Portillo, la segunda por el Coronel Oxolm y la tercera por el Brigadier Mir. Dada la señal de acometer, no pudieron verificarlo en columna á causa de los accidentes del terreno; los carlistas los recibieron con un fuego de fusilería bien nutrido y con granadas de mano y grandes piedras que les arrojaban. Además

habían construído detrás de la brecha una nueva muralla de sacos de tierra, y la parte derruída se hallaba cubierta de combustibles, á los que dieron fuego en el momento del asalto, presentando la brecha el aspecto de una horrible hoguera. El enemigo tuvo que refugiarse al pie de las murallas y en las quebradas del terreno, y viendo los Jefes la inutilidad de sus esfuerzos y el gran número que tenían entre muertos y heridos, dieron la señal de retirar.

No se desanimaron por esto, y en la noche del 17 renovaron el asalto, simulando un ataque por la parte opuesta de la brecha, donde volaron algunos hornillos y colocaron escalas, de las que caían mezclados oficiales y soldados. Este ataque fué más tenaz que el primero, y sus esfuerzos para penetrar en la plaza duraron hasta cerca del amanecer, en que las fuerzas asaltantes tuvieron que retirarse á sus líneas.

Las pérdidas enormes que experimentó Oráa desde el principio de su operación; la falta de provisiones que principiaban á experimentar; el gran número de heridos y de enfermos que tenían que transportar, unido á la falta de agua para desalterar á hombres y caballerías, y finalmente la tenacidad y el heroísmo con que los carlistas defendían su terreno, decidieron al Jefe liberal á pronunciarse en retirada, que con mil pérdidas y sacrificios pudo efectuar, siendo hostilizado por los carlistas hasta las mismas puertas de Alcañiz.

Cabrera, entretanto, orgulloso de su triunfo y viendo que su enemigo se dirigía á Aragón, se puso al frente de su caballería y con ella recorrió toda la llanura de Valencia, hasta las puertas de su capital, requiriendo caballos, dinero y víveres, con lo que tranquilamente se volvió al Maestrazgo. Por este hecho recibió de Don Carlos V autógrafos muy satisfactorios, así como el título de Conde de Morella. Lástima grande que el nombre de este hombre, que hubiese inmortalizado la historia tradicionalista, haya desaparecido con el estigma de los traidores.

HERMENEGILDO D. DE CEVALLOS.

Madrid, Junio de 1890.

## BOCETOS MILITARES

### LA INFANTERÍA

**S**E puede emprender la campaña sin caballería ni artillería; pero poco puede conseguirse sin el auxilio más ó menos directo de los combatientes á pie. Estos, en todos los tiempos, en todas las guerras, y muy principalmente desde que en el siglo xvi se inició el renacimiento del arte militar, han jugado el primer papel, cuyo valor no han hecho sino aumentar los perfeccionamientos de las armas de fuego, al par que han dado mayor importancia que á las formaciones profundas á las extensas ó delgadas, y muy en particular al combate de tiradores, cuya altísima influencia en la guerra moderna hizo prever el Marqués de Pescara por medio de su empleo (aunque tosco) en la gloriosa victoria de Pavía.

La infantería, por ser el arma más fácil de organizar y menos costosa de sostener, así como propia para toda clase de combates, cualquiera que sea el terreno en que haya de operar, y tanto en la ofensiva como en la defensiva, es el arma principal; pues, tanto en posición como en avance ó retirada, podría decirse que á sus movimientos están subordinados los de las demás armas.

Si la infantería de que se dispone no es muy buena y con ella hay que hacer frente á un ejército que cuenta con infantes valientes y aguerridos, se debe empezar por hacer exclusivamente una guerra de marchas y maniobras, empeñando sólo pequeñas acciones hasta tanto que la infantería propia se haya fogueado lo bastante y haya adquirido suficiente fuerza moral y material. La primera de éstas sólo se alcanza dominando el miedo involuntario y natural que el propio instinto de conservación infunde aun en los soldados más animosos; miedo involuntario que sólo vencen: el sentimiento del deber, la disciplina y sobre todo el ejemplo y sangre fría de los jefes y oficiales. La fuerza material de las tropas, aunque siempre en relación directa con su potencia destructora, es también una fuerza moral; pues si bien depende del armamento, los efectos de éste se subordinan á la habilidad en su empleo, al mayor tiempo que los soldados puedan resistir las fatigas, á la buena organización, á la acertada dirección de los movimientos y á la serenidad para hacer frente al enemigo.

En el combate hay que procurar la superioridad por medio de la táctica de infantería, la cual está basada en los mejores ejércitos modernos en el principio de que la mejor formación es aquella que presenta un frente igual al de la misma tropa desplegada. Por otra parte, ha dado lugar á que muchos escritores militares hayan querido erigir la columna de compañía en unidad de combate, la consideración de que las armas de retrocarga producen evidentemente efectos menos desastrosos en las tropas formadas en pequeños grupos que en las que entran en fuego en grandes masas.

El orden cerrado se usa en las marchas y en circunstancias excepcionales; se emplea para retirarse de una posición crítica, cuando la moral de las tropas se haya quebrantado; para abrirse paso por en medio del enemigo ó para prestar á las guerrillas la confianza é impulsión necesarias para el buen éxito de un combate; pero se va abandonando por completo como formación propia para la pelea. La formación en masa no puede ser buena para las maniobras, porque la menor vacilación de una fila se transmite en seguida á las demás. La columna cerrada es intolerable por el calor y la falta de aire. En cambio, la columna con medias distancias es de empleo útil y frecuente, porque deja ver y respira, y facilitar la formación en línea y el despliegue en guerrilla.

Cuando se empezaron á usar las armas de fuego, los soldados provistos de ellas obraban á la ligera, como los antiguos armados, pero sin orden ni concierto alguno; lo que hacía fuesen tan ineficaces sus fuegos que *Montaigne* decía de las armas de esta clase: «Son de

tan pequeño efecto, salvo el aturdimiento de los oídos, que pronto se dejará su uso», y *Brantôme*, al hablar de la batalla de Pavía (cuyo éxito se debió principalmente á la buena dirección y conveniente empleo que dió á los arcabuceros españoles el Marqués de Pescara), dice que aquella jornada se ganó *contra todo orden de guerra y ordenanza de batalla*.

*Gustavo Adolfo* fué el primero que procuró dar método y simultaneidad á los fuegos de infantería, ordenando los de filas, división, calzada, en batalla, á discreción, etc. El fuego de filas fué sin duda el que primero se empleó y el que en un principio se juzgó más eficaz; no obstante, en los tiempos de *Turena* y *Condé* los franceses hicieron exclusivo uso del fuego en batalla y á discreción. En Rocroy, Nordlingen, Lens y las Dunas, todavía reconcentraba la infantería su principal acción en la carga al arma blanca, así que en esta época ejercían poca influencia los fuegos; pero poco á poco se fueron perfeccionando las armas de este género y haciéndose su uso más útil, los soldados fueron cambiando la pica por el mosquete, se adelgazaron las formaciones tácticas para facilitar su empleo y se hicieron reglamentarios los fuegos en dos filas, de pie, de rodillas, etc. Sin embargo, como los franceses en la batalla de Fontenoy aun emplearon el fuego á discreción, en el que el soldado abandonaba la fila para volver á cargar, puede asegurarse que tras numerosos ensayos y tentativas no se llegó á emplear al frente del enemigo el fuego á la voz hasta los tiempos de *Federico II*, quien ordenando sus tres clases de fuego, á pie firme, de carga y en retirada, bien estudiados, nutridos y violentos, dió á los batallones prusianos aquella superioridad que tan gloriosas hizo sus campañas. *D'Argencon* hizo prevalecer en las tropas francesas los fuegos á la voz, que pronto reemplazó *Brogie* por el fuego á discreción; y aunque los primeros estaban prescritos en las Ordenanzas, nunca llegaron á ejecutarse con regularidad en las campañas de la Revolución, á partir de cuya época podría decirse que los ejércitos no han hecho otra guerra que la de cazadores.

En la actualidad vuelven á creerse prácticos los fuegos á la voz; mas en la imposibilidad de detenernos nosotros á discutir si hoy tienen ó no más razón de ser que en el pasado, diremos, resumiendo, que se han usado fuegos de salva que en medio del combate se convertían en fuegos á discreción; éstos, cuando se hacían sobre una tropa que avanzaba sin tirar, pero con decisión, eran ineficaces las más de las veces, porque no acertaban á contener su empuje, y la tropa que había contado con lograrlo, se desmoralizaba y huía bajo la presión moral que en ella causaba la poca confianza que les inspiraba un arma con cuyo sólo efecto había creído poder detener al enemigo. Pero cuando se empezaron á emplear los tiradores, varió completamente el efecto de las armas de fuego, y los ejércitos que quisieron seguir peleando con arreglo á la antigua táctica ordenada, pagaron bien cara su obstinación.

El fuego de tiradores se impone: es el más mortífero,

porque es en el que los hombres que conservan suficiente sangre fría para apuntar, pueden hacerlo con mayor desahogo; además, la práctica del tiro, cuyas ventajas sólo se hacen notar en el tiro aislado, da lugar á que las armas de precisión hagan cada día más frecuentes y decisivos los combates de tiradores.

Sin embargo, nunca tendrá el fuego de tiradores sino una importancia relativa, porque generalmente se hará sobre otros tiradores, pues ninguna tropa se deja fusilar por éstos sin oponerles otros, y sería inútil exigir á ningún soldado, por sereno y valiente que sea, que prescinda de contestar al fuego de tiradores cercanos que le molestan de continuo, para concretarse á diezmar las filas de masas lejanas y para él inofensivas; además, en las guerrillas están los hombres muy separados los unos de los otros, por lo que es muy difícil la vigilancia de las alzas, y aun los soldados que se empeñen en arreglarlas, tropezarán para ello con la dificultad de apreciar, en aquellos momentos de confusión inevitable, las distancias variables á cada instante con el propio movimiento de los tiradores.

En los fuegos simultáneos, cuando los hombres se hallan agrupados por compañías y batallones, todas las armas tienen el mismo valor, y como es preciso adoptar el género de combate que preste mayor eficacia al arma de cada soldado, base de toda buena formación táctica, también por esto se impone el despliegue en tiradores, formación que dando cierta libertad á los movimientos de los soldados y dejándoles aprovechar las ventajas que puedan proporcionarles los menores accidentes del terreno, permite á los tiradores hacer un fuego útil y eficaz.

La formación de un batallón en guerrilla se compone: de una línea de tiradores distribuidos por parejas ó por grupos, separados unos de otros á una distancia variable según las circunstancias; de otra línea de refuerzos ó sostenes destinados á apoyar y relevar á los tiradores, y de las reservas parciales y total, fuertes las primeras de una ó media compañía, y la segunda del resto del batallón. Como no hay formación que, aun llenando perfectamente un objeto dado, no ofrezca algún inconveniente, diremos que las guerrillas suelen adolecer de algún desorden y falta de solidez; lo primero se evita en parte haciendo que cada fracción de la línea de tiradores esté protegida por fuerzas de la misma unidad á que pertenezcan; lo segundo se obvia haciendo que en la línea de tiradores no estén los hombres muy aislados y embebiendo en ella ó situando cerca, al centro y retaguardia de cada fracción ó á un costado, alguna sección formada en batalla, y la cual reforzará á los tiradores si se ven seriamente amenazados ó hay que cargar al arma blanca para rechazar un vivo ataque ó asaltar una posición.

El combate de tiradores, que, como ya hemos dicho, se impone hoy en la guerra, exige la mayor instrucción en los oficiales subalternos y clases de tropa, porque gracias á él ha adquirido grandísima importancia la iniciativa individual. Hoy tiene lugar la pelea á lo largo de interminables y delgadas líneas cortadas por los accidentes y obstáculos del terreno, y como por otro

lado la facilidad de establecer toda clase de comunicaciones proporciona la de reunir numerosas fuerzas cuyo conjunto es cada vez más difícil de abrazar en detalle, su dirección tiende más que nunca á alejarse de los jefes de brigada y batallón para pasar á la de los capitanes y subalternos. Este desorden, al parecer inevitable, que presenta siempre una tropa en el combate, va aumentándose hasta el punto de que en medio del estrépito y las fluctuaciones de las líneas tácticas los soldados no ven frecuentemente á los jefes ni éstos á los soldados; desde que se empeña la acción, desde que empiezan los disparos de fusil, los hombres

desplegados en guerrilla ó perdidos en el desorden de una marcha rápida, se encuentran fuera de la vigilancia de los primeros jefes, razón por la cual la esfera de acción del oficial de filas es hoy mayor que en otros tiempos, y las condiciones individuales del soldado, su iniciativa personal, reviste ahora una importancia que no tuvo jamás en el combate antiguo; esta iniciativa ofrece grandes ventajas, pero también tiene graves inconvenientes, los cuales sólo se pueden contrarrestar procurando por el exacto cumplimiento de las prescripciones reglamentarias de táctica y disciplina, que presida á todos los movimientos una cohesión



Vista panorámica de Morella.

moral, una solidaridad más estrecha y enérgica que en ninguna otra época.

La tan conocida frase *nube de tiradores*, expresa gráficamente lo que deben ser las guerrillas. Deben quitar de en medio cuantos tiradores enemigos haya al frente de la línea de combate; deben sostener vivo y nutrido fuego hasta el momento crítico de la carga, y si la caballería enemiga les ataca, deben guarecerse en el primer obstáculo que encuentren, y si no los hay, replegarse para formar pelotones contra la caballería; en fin, en su retirada disputarán al enemigo toda colina, foso, etc., que les pueda ofrecer algún abrigo.

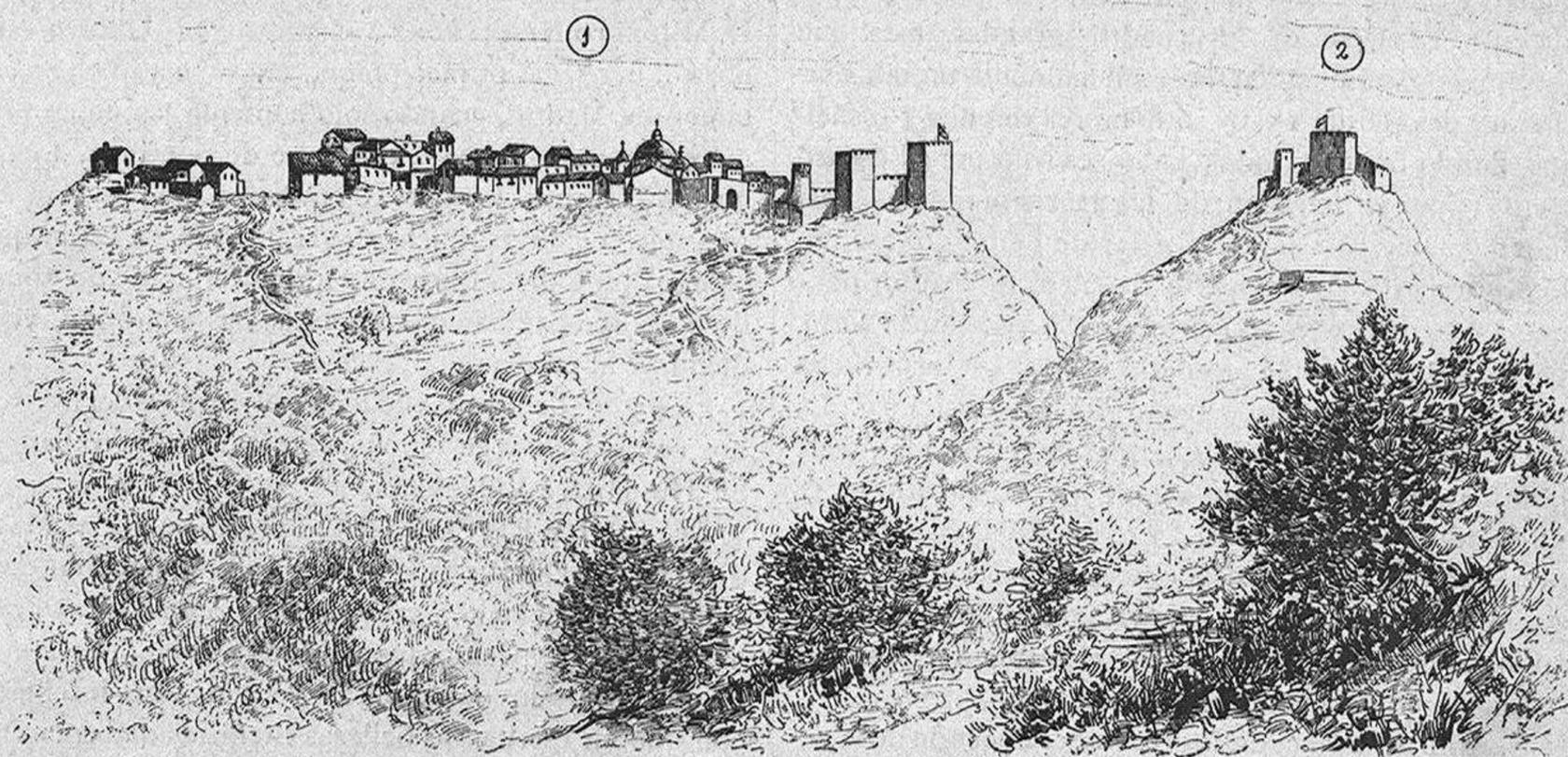
Desde el momento en que un batallón se lance resueltamente á la carga, su jefe debe obrar ya por su cuenta; porque el general de quien dependa puede muy bien caer muerto ó herido, ó no prestar especial atención á los movimientos particulares del batallón que carga, distraído por cualquier circunstancia á él ajena. Al oír el paso de ataque, todos los oficiales,

cualquiera que sea su graduación, se pondrán á la cabeza de sus voluntarios, seis ú ocho pasos á vanguardia, animándoles, no sólo con su presencia, sino que también con repetidos gritos de ¡Adelante, muchachos, adelante! ¡Viva la Religión y viva el Rey! y otros parecidos; pues junto esto con las cornetas que toquen paso de carga, todo les alentará en la pelea, dándoles mayor confianza en la victoria el no sentirse como aislados, sino viendo por el contrario que no *están solos, que forman cuerpo*, y nada desconcierta tanto á una tropa atacada como esta confianza del adversario. En la carga se debe dejar á cada uno en completa libertad y que lleve su fusil como mejor le cuadre, con tal de que siempre esté pronto á hundir su bayoneta en el pecho del primer enemigo con que tropiece.

Al dar una carga á la bayoneta puede ocurrir que el enemigo se retire sin esperar el choque; entonces se desplegarán en guerrilla algunas secciones que les molesten con sus disparos, mientras que el resto del

batallón seguirá adelante, pero con prudencia y orden, sin descuidar un solo momento la vigilancia de los flancos y retaguardia, y apercebido siempre á rechazar las reservas ó la caballería del enemigo. Si éste, al iniciar nosotros la carga, nos espera á pie firme, ó bien se lanza á su vez á nuestro encuentro, entonces hay á todo trance que levantar hasta el heroísmo el espíritu de nuestra gente, para que al cruzar nuestras bayonetas con las del enemigo sea su empuje más débil que el nuestro; pasados los momentos críticos del choque, hay que proceder sin pérdida de tiempo á la reorganización de la tropa; pero avanzando á la vez y renovan-

do en seguida la carga ó desplegando tiradores, según que el enemigo haga frente todavía ó se declare al fin en retirada. Finalmente: si después de lanzadas nuestras fuerzas á la carga, se detienen y ni el ejemplo ni las arengas de los jefes y oficiales les hacen avanzar, entonces se las retirará por escalones y en el mayor orden posible, hasta situarlas al abrigo de cualquier desigualdad del terreno que pueda favorecer sus fuegos; y cuando haya pasado el primer peligro, cuando se hayan vuelto á enardecer sus ánimos, se les lanzará de nuevo de frente ó se las hará caer sobre el flanco de algún cuerpo enemigo, según lo que presente ma-



1. Vista tomada desde Levante.

2. Vista tomada por la parte Norte.

Cantavieja, cuartel general del ejército carlista del Centro.

tores probabilidades de éxito, por insignificante que sea y sin arriesgarse á sufrir ningún revés, pues éste, por pequeño que fuera, desmoralizaría por completo á unos hombres que ya acaban de volver la espalda al enemigo.

De día en día tiende á desaparecer la lucha cuerpo á cuerpo para dar lugar á la acción lejana, y sobre todo á la acción moral de los movimientos; hoy día es casi imposible atacar en línea á un enemigo en posición, provisto de fusiles de retrocarga, y menos si lo están de armas repetidoras como los turcos en Plewna, durante la última guerra de Oriente; todo lo cual hace que en la actualidad rara vez lleguen á ser completas las cargas á la bayoneta; pero en ello precisamente estriban su mayor importancia y el feliz éxito que de ellas pueden prometerse las tropas decididas á emplearlas á todo trance y cueste lo que cueste. Porque cuanta mayor confianza inspiran los fuegos, tanto más desconcertará el ver que son insuficientes para contener

al enemigo, y por lo tanto alcanzará la victoria aquel que sepa dar á las cargas mayor orden y más resuelto empuje; condiciones que aunque en cierto modo parecen excluirse, bien pueden conciliarse con firme voluntad y acertada dirección; nada importará dejar relativa libertad de acción á los voluntarios, si son valientes y saben cumplir con su deber. El orden imperando en medio de la iniciativa individual que hoy debe tener el soldado, es el principal factor del ataque; esto sólo prueba cuán necesario es poseer cierta serenidad y conservarla hasta el momento crítico del choque; también prueba la necesidad de no adoptar el paso ligero desde muy lejos, porque introduce el desorden, y una vez en confusión una fuerza, cuando los oficiales y soldados están mezclados sin acción recíproca los unos sobre los otros, es harto difícil conseguir una victoria; es preciso guardar las distancias para facilitar la acción de los cuadros y la solidaridad; finalmente, es necesario conservar las guerrillas al frente

ó á los flancos, sin replegarlas para evitar una contracorriente que entorpezca la acción de los asaltantes.

La infantería no debe formar el cuadro sino cuando haya absoluta necesidad; porque los cuadros son excelentes blancos para toda clase de fuegos. Si á la inmediación de la tropa hay un foso, un seto ó cualquier otro obstáculo, se formará el cuadro á unos 20 metros de ellos, evitando la huída y todo temor que pueda desmoralizar la gente. Huir ante el caballo es una insensatez, siendo infalible el fusil á corta distancia y no olvidándolo el jinete, que mientras el infante no tiene que luchar mas que consigo mismo, él tiene que acallar su propio instinto de conservación y dominar los del caballo para sostenerle en la carga. Débese tener presente que muchas veces rompe la caballería los cuadros por causa de los tiradores, que en vez de echarse al suelo ó hacerla frente detrás de los árboles ú otro obstáculo más ó menos ligero, se arrojan ciegos á refugiarse en el cuadro, inutilizándolo en parte para la defensa. El efecto de los cuadros grandes, más que mecánico ó matemático, es esencialmente moral; porque un pelotón de 15 ó 20 hombres serenos y resueltos, dando frente á todos lados, es sólo por su escaso frente y por la precisión de las armas modernas, casi inexpugnable para la caballería; sin embargo, ese pelotón preferiría formar parte de un gran cuadro, porque así se creería más fuerte, y tal vez podría serlo, puesto que el sentimiento de la fuerza lo inspira ella misma y es el principal factor de la resistencia. La mejor manera como con las armas de retrocarga puede la infantería rechazar un ataque de la caballería, es formando diversos grupos, á tiro de fusil unos de otros, de modo que sus fuegos se crucen y cojan de flanco al enemigo; por esto en la nueva táctica de infantería ha sustituido el ejército liberal el antiguo cuadro de batallón con los cuadros de compañías.

El éxito de los más de los combates depende de la acción de la infantería, y ésta de la de los capitanes, quienes durante el fuego recordarán á sus soldados aquel consejo de *Cromwel*, que decía á los suyos: «Poned la confianza en Dios y apuntad á las cintas de los zapatos»; porque en medio del combate no suelen afinar la puntería los soldados, siempre tiran muy alto, á lo que contribuye mucho la misma forma del fusil. Procurará el capitán la solidaridad y cohesión necesarias para el buen resultado de todas las maniobras; pero sin pretender *tener en la mano*, como suele decirse, á todos y cada uno de los soldados; porque la rigidez de movimientos que de ello resultaría podrá ser buena para los ejercicios doctrinales, pero no en campaña: el triunfo de los franceses en Magenta se debió más que nada á la acción individual, á la iniciativa de los subalternos y clases de tropa del ejército de Napoleón III; y aunque hay quien sostiene que el valor personal no sirve para nada ante el largo alcance de los cañones modernos y el rápido tiro de los últimos fusiles, es lo cierto que el arrojo y la temeridad, hoy como ayer, siempre han de decidir las batallas.

REYNALDO BREA.

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

EL EJEMPLO DE UN GRAN REY, por D. RAMIRO FERNÁNDEZ VALBUENA, Canónigo lectoral de la Santa Iglesia de Badajoz y Rector del Seminario Conciliar.—Trabajo que mereció el primer premio en el Certámen conmemorativo de la Unidad católica que celebró el *Círculo Tradicionalista* de Madrid. En pocas palabras, y no nuestras, sino del Sr. Dr. Sardá y Salvany, se condensa perfectamente el elogio de esta obrita, que, según el citado escritor, «es un buen estudio crítico histórico, bien que de pocas páginas, de sana doctrina expuesta con galana frase».

En efecto, así por su fondo como por su forma es recomendable esta obrita, que reúne al mérito intrínseco el de hacerse asequible á todas las fortunas, pues se vende al precio de una peseta, y se halla también á la venta en nuestra Administración.

RECAREDO Y LA UNIDAD CATÓLICA, por D. MODESTO HERNÁNDEZ VILLAESCUSA.—Obtuvo esta obra el *accèsit* al primer premio en el supradicho Certámen de Madrid, cuando sólo contenía los cinco primeros capítulos. Hoy se compone de veintiuno, á cual más interesante, así por la erudición que revelan en su autor, como también por la belleza de estilo que campea en toda la obra, que forma un abultado tomo de unas 450 páginas de elegantísima impresión, vendiéndose al precio de 4 pesetas.

Es digno de recomendación el expresado libro, y nos complacemos en felicitar por su notable trabajo al Sr. Hernández Villaescusa.

EL PRO Y EL CONTRA. Paradojas, por el MARQUÉS DE VILLA-HUERTA.—No hay en lo humano cosa alguna á la cual falten ese *pro* y ese *contra* de que nos habla el autor. ¡Como que también nos empeñaríamos en encontrárselo en su obra! Pero la sana intención con que fué escrita, las bellezas literarias que encierra, y sobre todo el gracejo que se admira en todas sus páginas, entretienen de manera tal, que no se le ocurre al lector un *pero* que oponer á la producción del Marqués de Villa-Huerta.

¡Y con qué donaire presenta el anverso y el reverso de las más intrincadas cuestiones! ¡Y con qué oportunidad y fino tacto nos pone ante el espejo, donde aparece de cuerpo entero nuestro sér, con los vicios y defectos que nos empeñamos en dejar de ver!

Conocíamos á Villa-Huerta poeta, y nos parecía admirable (1); pero su prosa nos agrada aun más, si cabe, y unimos, por ende, el voto nuestro al de los que le han rogado deje oír con más frecuencia su nombre en el campo de la literatura.

RIPIOS ACADÉMICOS, por D. ANTONIO DE VALBUENA (VENANCIO GONZÁLEZ).—Ocioso sería, después de hacer constar que es de Valbuena, decir que está, no bien, sino admirablemente escrita. ¡Y cómo no, si

(1) Salvando el parecer de nuestro amigo y correligionario el Sr. Valbuena, cuya competencia en cuestión de *ripios* todos reconocen, por más que en ocasiones se muestre de sobras despiadado con el infeliz que cae bajo su crítica.

se pasa las noches y los días estudiando en los ajenos disparates el arte ó la ciencia de no incurrir en ellos!

Es sabido, y por si alguno de nuestros lectores lo hubiese olvidado hémoslo recordado poco há, que literatos de baja y alta estofa caen á menudo bajo la censura del Sr. Valbuena, á quien todos y cada uno de los académicos, ó sea los padres de la literatura patria, tienen más horror que los periodistas de oposición tuvieron á la censura previa en ominosos tiempos de dominación conservadora.

Valera y Menéndez Pelayo, Pidal el menor y Cánovas el mónstruo, dan no poco que hacer á Valbuena en el tomo de referencia, en el cual quedan hechas añicos *eminencias* poéticas que sólo á los liberales se les pudo ocurrir poner en los cuernos de la luna, por aquello de que defendían, con más ó menos recato, las teorías del siglo XIX.

En los *Ripios académicos* recientemente publicados, la elección de personajes flagelados, liberales todos, no puede ser más acertada, y por ello felicitamos cordialmente al autor, á la par que recomendamos la adquisición de su obra á los que gusten de lectura amena á instructiva.

LA MASONERÍA TAL CUAL ES, por D. ANSELMO J. BALDÓ.—Tomo II.—Ya en el tomo I de esta obrita dejó su autor bien sentada su reputación, pues ha demostrado estar muy al tanto de la cuestión, ya combatiendo con sana lógica y bello estilo los principios sobre que descansa la Masonería, ya destruyendo con gracejo y finura las añagazas y sutilezas con que esa secta trata de hacerse simpática al pueblo.

Agradecemos el envío del ejemplar con que hemos sido honrados, y encarecemos á nuestro correligionario el Sr. Baldó la necesidad de que siga en el camino emprendido, por más que lo encuentre sembrado de abrojos y espinas, pues al fin del mismo le espera el lauro que la Providencia otorga al vencedor en las lides por las buenas ideas.

DICCIONARIO APOLOGÉTICO DE LA FE CATÓLICA, obra escrita en francés por J. B. JAUGEY y traducida al castellano por varios literatos, bajo la dirección del *Illmo. Sr. D. Joaquín Torres Asensio*.—El cuaderno primero de esta trascendental obra revela ya su importancia. Propónese destruir los sofismas con que se ha pretendido impugnar la verdad católica, presentando los argumentos de que echaron mano para vindicarla sus defensores más insignes.

Las condiciones de suscripción son ventajosísimas, y así para la adquisición de esta obra como para conocer la que sigue hay que dirigirse á la Sociedad editorial de San Francisco de Sales, Balsa, 10, Madrid.

LOS GRANDES ARCANOS DEL UNIVERSO, por TILMAN PESCH, S. J.; versión castellana de *don Everardo Vogel* y *D. J. M. Ortú y Lara*.—El justo elogio que hemos hecho del *Diccionario apologético* debe hacerse extensivo á la obra últimamente enunciada, de gran utilidad también al Clero y á toda persona de regular instrucción que desee conocer la controversia religiosa, tan esencial hoy para sostener con lucimiento la tesis católica.

La reputada casa editora de D. Cecilio Gasca, en Zaragoza, acaba de dar á la estampa unos preciosos opúsculos, que no por pequeños carecen de importancia, pues su excesiva baratura facilita su difusión entre el pueblo.

He aquí los títulos de los que hemos recibido, y que podrán adquirirse en la citada casa:

*Catecismo acerca de la obra de la propagación de la fe*, por el M. I. Sr. D. Pedro Gaspar y Larroy, Canónigo.

*Abajo la blasfemia, La Misa parroquial y Alabanza continua*, los tres por D. P. G. L., presbítero.

F. DE P. O.

## PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO

1834

### ADVERTENCIA PRELIMINAR



ECORRIENDO las presentes páginas se verá pertenecen á la clase de escritos denominados *curiosos*, porque carecen de pretensiones y de importancia; su único mérito consiste en que *los hechos son completamente ciertos*. Debo al mismo protagonista la exacta narración de sus aventuras, salvo el nombre de alguno que otro pueblo, que después de tantos años no ha podido recordar; pero si unos *apuntes* no merecen prólogo, en cambio necesitan la indulgencia del lector.

### PRIMERA PARTE



L salón del Prado, paseo de moda en 1834, servía de centro á la sociedad elegante. Estudiaba entonces segundo año de leyes, y no dejaba de acudir á un sitio donde solían encontrarse niñas bonitas, amigos, conversación, broma y.... la verdad, noticias; los seis ó siete compañeros que nos reuníamos allí, seguíamos con afán la marcha de *la cosa pública*. Graves acontecimientos justificaban nuestra curiosidad. Sin mencionar las envidias y rivalidades de los gobernantes (semillero perpetuo de chismes y chascarrillos), la aparición de varias partidas en el Norte, el movimiento de los voluntarios realistas y la *guerra civil*, que cual negra sombra empezaba á ir oscureciendo el horizonte, habían aumentado la agitación y á todos preocupaba la política.

Muchos estudiantes liberales conocían nuestro modo de pensar y sabían que éramos carlistas; pero se unían con gusto á la *pandilla facciosa*: así nos apellidaban. Jóvenes, tolerantes, ingenuos, nos hallaban

siempre aptos para la murmuración alegre sin el menor escrúpulo de conciencia. Frescas aún las ideas de los libros, nos arrebatava el patriotismo; los héroes y las glorias españolas ejercían en nuestra mente poderoso atractivo. Correr tierras, ver mundo, ceder á los encantos de misterioso porvenir, esperando las sonrisas de la caprichosa fortuna.... ¡Qué felicidad! Despierto el espíritu aventurero, tan en armonía con la tradición y el carácter nacional, el campo del honor era, digámoslo así, su terreno propio, y puesto que había guerra, decidimos marcharnos. Los prudentes aplazaban la escapatoria hasta que la cosa se formalizase; otras veces le faltaba oportunidad á las ocasiones que se nos presentaban y no volvíamos á hablar del asunto, y siempre que tratábamos de fijar día para la barbaridad, desaparecían los bríos. El empujón decisivo lo dió quien menos podía esperarse: un liberal.

La misma tarde en que se publicó el *Estatuto Real* se nos acerca uno de nuestros condiscípulos, llamado Villar, con sus continuos motivos de matraca sobre *el servilismo y los servilones*; cierto que con pretexto del Estatuto afectaba aires de triunfador y risita insultante, como si hubiese obtenido alguna gran victoria. La disputa se agrió extraordinariamente, y concluyó llamándonos *ojalateros*, epíteto que hizo muy mal efecto, por lo nuevo: jamás lo habíamos oído; así es que cuando él se fué nosotros abandonamos en seguida el paseo, y en vez de calmarnos, deseábamos demostrar nuestra poca afición á lo platónico. Temíamos que el entusiasmo se enfriase, y acordamos reunirnos al día siguiente en sitio retirado de los barrios bajos, para salir todos juntos de Madrid.

Si he de ser franco, pasé la noche algo agitada; eso de tomar parte activa en una guerra, convierte en caviloso el genio más superficial. Por fin me dormí; pero al amanecer ya estaba de pie, como si tuviera muchos negocios que resolver. Solo, huérfano, recogido por parientes á quienes preocupaba poco mi persona, era el loco más disculpable de los siete. Vendí los libros

y varias alhajillas, que me produjeron veinticinco duros; lié dos camisas en un pañuelo, en el que metí también una capeta ó esclavina que estaba casi nueva, y aguardé impaciente la hora crítica.

Dicen los peritos en conspiraciones que á todo plan de acción suelen acudir por orden regular menos de la mitad de los que se comprometen; nosotros fuimos formales,

ninguno faltó, y como si se tratara de un paseo, seguimos tranquilamente la carretera de Castilla. ¿Quién pensaba en pasaportes? Inútil disparate exponernos á sospechas peligrosas.



Los realistas carecían de organización en Madrid; pero no les sucedía lo mismo en provincias. Uno de los compañeros había logrado obtener carta de recomendación para *el ordinario* de Zamora, honrado industrial encargado secretamente de conducir y poner en seguridad los jóvenes zamoranos que quisiesen alistarse en el ejército Real; nos figurábamos que debía verificarlo con la destreza propia de su oficio de trajinante, y con documento á nuestro parecer tan eficaz, amenizábamos la expedición con lisonjeros pensamientos. La soledad de los campos y la poesía de una tarde templada y melancólica contribuían á llenarnos de contento, mientras la fantasía se recreaba con las aventuras de nuestros autores españoles, observando que posadas, ventorrillos, caminos y veredas conservaban aún el carácter de antiguos tiempos.

Después de dos ó tres días de camino, estábamos, no sólo molidos, sino con los pies destrozados, contribuyendo á ello los tacones y el calzado estrecho y puntiagudo de la corte, inconveniente para largas marchas. Recuerdo que serían las cinco de una de aquellas tardes y que nos sentamos en la cuneta de la carretera con pretexto de descansar algunos minutos; la oscuridad llegó á sorprendernos en amena conversación, sin valor para levantarnos. Pareciéndonos bastante garantía la distancia que ya nos separaba de Madrid, abandonamos la desconfianza y nos decidimos á dormir en las posadas, porque hasta entonces todo se había hecho en campaña rasa. Confirmó nuestra resolución el paso de unos maragatos que iban á Zamora por garbanzos, con numerosa recua de vacío. Apenas se veía ya; hicimos el ajuste, que no llegó á dos reales por persona, y montamos cada cual en nuestra mula, experimentando el agradable contraste de dejarse llevar cuando el cansancio tiene rendido el cuerpo. Pero al decirles que éramos estudiantes, exclamaron á gritos:—«¡Estudiantes! De fijo que habéis estudiado en *el libro de las cuarenta* más que en los otros. Muchos hemos llevado á Zamora, y el juego maldito os pone siempre á la cuarta pregunta.»

El *muchos*, para los concedores del secreto, revelaba una completa cañería de *gatos madrileños*, y celebramos interiormente que no continuasen en sus investigaciones. Sin el menor contratiempo nos acercábamos al término del viaje por jornadas regulares, durmiendo en blando y comiendo caliente, privaciones que no costaba trabajo sobrellevar.

Por fin divisamos la ciudad de Zamora, envuelta en las brumas de un hermoso amanecer; entonces nos despedimos de ellos, porque deseábamos discutir sin testigos el plan de conducta que convenía. Dejamos alejar la recua, y se trató de almorzar. Los alrededores de Zamora son bastante feos, como lo demás de Castilla; una especie de balsa, á manera de lago, escondida entre unos montecillos pintorescos, fué la destinada al *gaudeamus* y remate de las últimas provisiones. Concluimos; cesaron los brindis y la algazara, y nuestro director nos habló del modo siguiente:

«Señores, no es poca fortuna haber conseguido salir de Madrid y llegar sanos y salvos adonde vamos

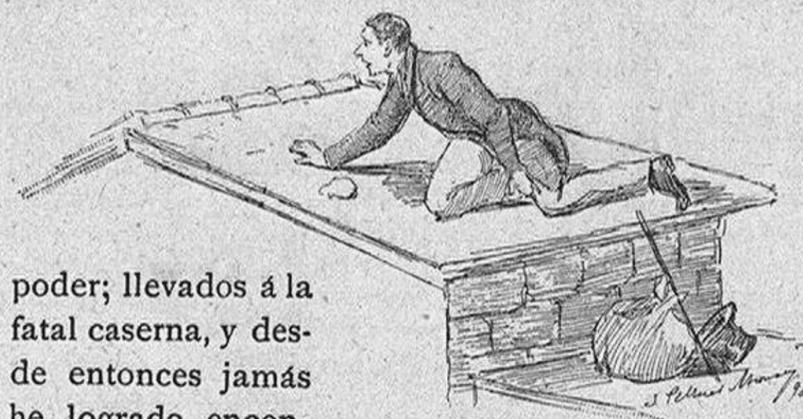
á tener dirección fija. Lástima fuera que la empresa se malograra por nuestra torpeza. Los informes que con maña he podido adquirir de los maragatos, son graves; la ciudad, cercada por una muralla, está mejor vigilada que los campos y que Madrid mismo, donde las órdenes se dulcifican (y hasta las hace olvidar el brillo de la Corte), mientras en provincias son obedecidas al pie de la letra con el rigorismo propio de los comandantes militares. La carta de recomendación que llevamos es documento tan comprometedor como necesario. ¿Sin ella, ¿qué podríamos esperar? Estoy dispuesto á confiarla al que corra menos peligro.»

Otro de los compañeros, tuerto y con apariencias de travieso, interrumpió al orador, considerando vano todo ardid, por ingenioso que fuera; aseguraba que había meditado sobre la dificultad, sin encontrar otro medio que meterse con resolución por las puertas. «La más abandonada de todas, prosiguió animado con nuestro silencio, es precisamente la que tenemos más cerca; á la derecha, entrando (porque yo también he tomado mis informes), está colocada *la caserna* ó cuerpo de guardia de los carabineros, aunque no se ve por la parte exterior; allí detienen á los viajeros para revisar el pasaporte. Ignoro lo que sucederá, porque ninguno lo tenemos, y aun cuando el que corra menos peligro debe llevar el documento, aquí el menor peligro es entrar el primero; echemos suertes, veamos quién ha de disfrutar esa ventaja.»

Aprobada en el acto idea tan oportuna, y contra todas las probabilidades, resulté yo el agraciado, favoreciéndome el azar en aquella ocasión. ¿Cómo ponderar la buena fe con que se hizo el sorteo? En medio de animación general me entregaron la preciosa epístola, y me dispuse al asalto de la ciudad de D.<sup>a</sup> Urraca con un levitín y un sombrero que estaban demostrando mi falta de precaución y de experiencia. Era el menor de aquel círculo estudiantil: apenas contaba diecisiete años; pero además de la poca estatura, mis facciones aniñadas aumentaban el aspecto de chiquillo. Desechando temores que me parecían prematuros, tomé bien las señas de la vereda, me despedí de ellos y me alejé á buen paso, dejándoles ocupados en sortear el turno con que habían de seguirme.

Empezaba á salir el sol cuando llegué á la puerta; la calle, que desde afuera estuve examinando, larga y cuesta arriba, remataba en una plazoleta, punto designado para reunirnos. Al ver entrar algunos ganaderos y gente del campo, aproveché el momento; cantaban á voz en grito, y aunque me aturdían con sus berridos, mezclados entre los que iban á caballo nadie reparó en mí. Inútil es decir que llegué al fin de la calle casi sin respiración, con el afán de alejarme de aquella maldita caserna, y me dispuse á observar lo que ocurriera; colocado en alto, la puerta, el cuerpo de guardia, hasta el campo, todo lo distinguía perfectamente. No tardó en aparecer el tuerto; venía con pasito de lobo, á pesar de su desenfado natural. Pero tate, que lo llaman los carabineros y lo meten en la caserna, donde calculé que empezaría un interrogatorio nada agradable. Este incidente me disgustó, porque adiviné en seguida lo

que iba á suceder. El que venía detrás del tuerto fué retenido del mismo modo, y escamados los soldados, vi que con muchas risas y jolgorio se agazapaban á uno y otro lado de la puerta para cazarlos á la espera. Mis seis compañeros fueron cayendo sucesivamente en su



poder; llevados á la fatal caserna, y desde entonces jamás he logrado encontrar

me con ninguno. ¿Murieron? ¿se expatriaron? Lo ignoro por completo.

Heme aquí solo, con una carta de recomendación en el bolsillo, sin haberla pedido, y reducido á los recursos que la propia inventiva sugiriera. ¡Cuántos en mi caso hubieran vuelto á Madrid! Pero lejos de aturdirme, di aquella cuestión por concluída, pues en mi concepto no tenía remedio.

Empecé por informarme del cosario á quien se dirigía la carta, que escrita en términos vagos y generales en nada me comprometía. No me costó gran trabajo; á las primeras preguntas me señalaron su casa. Sentado á la puerta en mangas de camisa, tomaba el fresquito de la mañana, y ducho en estos manejos, se metió en seguida en el portal, conociendo por mi levitín que yo era de los que le buscaban. Contestó con cierta precipitación á mis cumplimientos; leyó la misiva echando mil votos y porvidas, y en sustancia me dijo: que el jefe político, trasluciendo alguna de sus gestiones, le había llamado á su presencia el día anterior, y no contento con *apercibirlo*, le impuso una *multa* bastante fuerte para sus recursos, librándose de la cárcel por su presencia de ánimo y sus buenas relaciones en Zamora; pero que *sujeto á la vigilancia de la autoridad*, en nada podía favorecerme. Sin embargo, después de una pausa y de un *taco* enorme, pues acostumbrado á sus machos se expresaba en lenguaje *arbitrario*, añadió que tratándose de mí y únicamente como excepción de regla se atrevía á darme algunas instrucciones. Yo callé para que los privilegios no se convirtiesen en puntillones; de haber sabido la verdad, parecía muy hombre para ello.

Nadie adivina en el mundo quién es el destinado á recoger el fruto del trabajo propio; lo sucedido con aquella recomendación me inspiraba muchas reflexiones, mientras mi protector, que no cesaba de leer y releer la carta, se paseaba impaciente por el patio, accionaba, gesticulaba y daba todas las muestras del que lucha con obstáculos que le impiden complacer. «¡Y que uno no pueda hacer nada, *carape!* ¡Es que tiene *tres pipas* el chistel!» Y luego, estrujando el papel, exclamaba encarándoseme: «¡Qué va á decir D. Gervasio! En fin, replicó como el que adopta una resolución extrema, lo más seguro es que vaya usted solo.»

Entramos en la pieza baja que le servía de almacén;

me puso delante papel y tintero, y rodeados de patatas, garbanzos y fardos tuvo la paciencia de irme dictando los pueblos por donde había de pasar y personas



á quienes me podía dirigir en cada uno de ellos hasta la raya de Portugal. Esto era descubrirme por completo toda la conspiración y la trama del reclutamiento; temblé por aquellas pobres gentes si me sorprendían el papel. ¿Mas cómo aventurar á la memoria una lista larga y de nombres desconocidos?

«Escuche usted, amiguito, prosiguió; al abrirse las puertas con el alba, los labradores y braceros acuden á ellas en tumulto, y es imposible que los carabineros anden con registros ni preguntas. De ningún modo salga usted de Zamora antes de amanecer. ¡Hase visto mayor necedad que la de ciertos majaderos! En un quítame allá esas pajas embocan á diestro y siniestro su carlismo. ¡Cual si les fueran á dar confites por la gracia, estando en poder del enemigo! ¡Y luego me dejan á mí para pagar las multas!... Usted no debe hacer nada de eso. En todo y por todo debe usted ser desconfiado siempre, sereno, precavido y callado como un..... zorro.»

Yo le perdonaba fácilmente el zamorano repertorio con que salpimentaba sus amonestaciones (y que no es cosa de repetir aquí), porque en rigor era un infeliz lleno de buena intención; pero como concluyó manifestándome claramente que estaba demás en su casa, di media vuelta y salí sin saber dónde meterme.

Recorriendo calles, examiné á mi gusto la ciudad, que me pareció tétrica, fea y presa de la desidia más completa. Aparte de su gloriosa y antigua historia, nada conserva que merezca la atención del viajero. Zamora, en efecto, no ofrece otra singularidad que la feria de criados, único punto de España donde existe esta costumbre. El día de San Lorenzo aparece el Consistorio con una gradería de tablazón, á modo de anfiteatro, destinado á los individuos de uno ú otro sexo, que brindan con sus habilidades, bien domésticas, como doncellas, costureras y cocineras, ó ya simplemente para gañanes y mozos de labranza.

Cruzaba aquellos callejones oscuros, cuando dí con un grupo que leía el anuncio del famoso Estatuto causa de nuestra desgraciada expedición. Advertí que me miraban de soslayo, lanzándome ojeadas curiosas, y puse en práctica los recientes consejos del ordinario entrando en la librería, donde por dos reales me hice

con un ejemplar del notable documento, convencido de que era la mejor manera de desvanecer toda sospecha.

Un figón de mala apariencia, en barrios extremos y como colocado de intento para ocultarse, me sirvió de refugio; montado á la antigüa, con sus mesas largas y sus manteles sucios. La figonera, mujer agradable, se acercó á ver lo que necesitaba; dije que esperaba al arriero de *Sáyago*, y que mientras llegaba me diese algo de almorzar. No tardó en presentarme un plato con ruedas de chorizo fritas, pan, vino y naranjas; se quejaba de la poca ganancia, y con motivo: escasa concurrencia acudía allí los días de trabajo. No obstante que nada se malició, al pedirle de comer á la caída de la tarde la diplomacia exigía hacerlo como el que no podía detenerse más tiempo; lamenté, pues, con sentidas frases la informalidad del labriego y el estado de los correos, con mil pestes sobre *la guerra que tenta la culpa de todo*, palabras que encerraban un sentido que ella no podía conocer. Pero si mis piernas habían de correr las *once leguas* del itinerario, no parecía inoportuno prepararlas con el reposo.

Era ya de noche; pagué el gasto, y dejé tan monótona mansión, buscando salida casi á tientas por aquellas calles, pues ni había faroles ni alumbrado que me guiase. Después de muchos trabajos, tropecé con una pared de vara y media de altura, á la que subí sin vacilar; pero la desmesurada anchura de su construcción me advirtió que de las plazas fortificadas no se sale á voluntad, y entonces se me representaron vivamente los sucesos, condoliéndome al considerar dónde se hallarían mis amigos. Lo extraordinario de mis acontecimientos, el silencio de la noche primera que me veía solo y en ciudad desconocida, agolpaban las ideas en tropel; abrumado y sumido en mil reflexiones á cual más tristes, dieron un *alerta* tan cerca de mí, que sobrecogido por completo contenía hasta la respiración. Si al pronto me alarmó la proximidad de la Ciudadela, no dejó de serme útil: según había observado por la mañana, las fortificaciones se hallaban á muchísima elevación por la parte del campo; me pareció difícil que vinieran á buscarme al borde mismo del precipicio, y escogí aquella pared como mi cama. Gracias á los pocos años, descansé algunas horas encajonado en las sinuosidades de los desgastados ladrillos, oyendo medio dormido los poéticos *alertas* que tanto me asustaron al principio; pero que indudablemente me produjeron el beneficio de garantizarme la soledad de los alrededores y un giro á mis pensamientos, varonil y heroico, que disipó la melancolía. Aquel cielo cuajado de diamantinas estrellas; aquel azul oscuro, profundo y grandioso; aquel grito de guerra perdiéndose en el espacio, me inspiraron sentimientos de tradición, y como arrebatado por el antiguo entusiasmo de las almenas, recordaba las guerras con los moros, los laureles de nuestros abuelos, entre mil ensueños de patria, de dicha, de gloria y de felicidad.

(Continuará.)

## CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL  
CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación.)

- 69 y 70.—Lanzal de caballería, con banderolas de lana en colores nacionales, modelos usados por los regimientos de Lanceros del Ejército Real en las campañas de 1833 á 1839, 1848 y 1873 á 1876.
- 71.—Fusil sistema Berdan, usado por las fuerzas Reales en la campaña de 1873 á 1876.
- 72.—Bayoneta correspondiente al fusil Berdan usada en la campaña de 1873 á 1876.
- 73.—Fusil sistema Remington, modelo usado por las fuerzas Reales de Infantería en la campaña de 1873 á 1876.
- 74.—Bayoneta correspondiente al fusil Remington, usada en la campaña de 1873 á 1876.
- 75.—Carabina cañón damasquinado en oro, fabricada en Ermúa (Guipúzcoa), para S. A. R. el serenísimo Sr. Don Jaime de Borbón y Borbón.
- 76.—Sable-bayoneta damasquinado en oro, fabricado en Ermúa (Guipúzcoa), correspondiente á la carabina de S. A. R. el Smo. Sr. Don Jaime de Borbón y Borbón.
- 77.—Funda de acero damasquinada en oro, fabricada en Ermúa (Guipúzcoa), correspondiente al sable-bayoneta de la carabina de S. A. R. el serenísimo Sr. Don Jaime de Borbón y Borbón.
- 78.—Hoja de Toledo con funda y en forma de culebra, regalada á S... el R... Don Carlos VII.
- 79.—Puñal-cuchillo, regalado á S... el R... Don Carlos VII en Méjico.
- 80.—Bomba de 29, modelo usado en el sitio de Bilbao en 1874.
- 81.—Modelo del proyectil del cañón Whitworth de batir (calibre, 13 centímetros; altura del proyectil, 50 centímetros).
- 82.—Modelo de proyectil del cañón de á 12 (de bronce).
- 83.—Modelo de proyectil del cañón sistema Vavalleus, con estrias salientes (9  $\frac{1}{2}$  centímetros).
- 84.—Modelo de proyectil del cañón de montaña de á 8 corto (de bronce).
- 85.—Modelo de proyectil del cañón sistema Vavalleus de 7 centímetros, á cargar por la recámara.
- 86.—Modelo de proyectil del cañón Whitworth, rodada, á cargar por la culata, de 4  $\frac{1}{2}$  centímetros.

(Continuará.)

## NUESTROS GRABADOS

Segundo asalto dado á la plaza de Morella  
el 17 de Agosto de 1838.

(Gran lámina suelta.)

Después de haber sido rechazadas de los muros de Morella las fuerzas numerosas que mandaba el General cristino Oráa, y avistose éste obligado á levantar el sitio, se pensó desde luego en hacer grabar una lámina que perpetuase aquel glorioso hecho de armas, uno de los más grandes que tuvieron lugar en la guerra de los siete años.

En el mismo Morella, pues, y con los escasos medios de que entonces podía disponerse, se grabó la histórica lámina, de la cual se tiraron algunos ejemplares.

A la terminación de la guerra, cuando la mayor parte de los carlistas del Maestrazgo hubieron de emigrar á Francia, escondióse dicha lámina y estuvo oculta muchos años. Don Bue-

naventura de Córdoba, que al poco tiempo de concluída la guerra escribió la *Vida de Cabrera*, en la cual puede decirse que se contiene toda la historia del ejército carlista del Centro, hizo grandes diligencias para insertar esta lámina; mas no pudo conseguirlo.

Recientemente, un amigo nuestro de una población del Maestrazgo nos ha proporcionado un ejemplar, que es el que nos ha servido para sacar la copia que ponemos en este número.

La exactitud es muy completa, pues el trabajo se hizo al poco tiempo de haber acontecido aquel hecho glorioso, en el mismo punto donde tuvo lugar, é interviniendo las personas que tomaron la principal parte en el suceso.

Sobre todo se ve perfectamente el sitio de la muralla donde la artillería de Oráa abrió una gran brecha, por la cual se confiaba entrar en la plaza, pero los carlistas amontonaron gran cantidad de combustible, al que pegaron fuego, logrando así, y con su arrojo, impedir que avanzasen las grandes masas de que disponía Oráa, auxiliadas por su numerosa artillería. Tras de aquellos muros tuvieron lugar hechos muy honrosos para la Causa carlista, que hoy todavía se recuerdan con orgullo.

La vista de Morella y del castillo por la parte del Norte, que es por donde se verificó el asalto, así como el campamento y puntos que ocupaban las fuerzas sitiadoras, está todo tomado con suma precisión; lo cual hace que se pueda formar una idea exacta de lo que es el asalto de una plaza, después de abierta la brecha, y el heroísmo que fué necesario en tan apurada situación para rechazar á un enemigo que atacaba con fuerzas y elementos mucho más superiores.

Tan pronto como el sitio se formalizó, el Gobernador de la plaza mandó colocar sobre lo más alto del castillo una bandera negra con el emblema de la muerte, para dar á entender que allí no debía pensarse en ninguna capitulación, pues la defensa debía ser hasta morir.

## Don Antonio Brea.

(Pág. 241.)

Soldado del Rey en paz como en guerra.

Abandonando carrera y porvenir, pasó del campo liberal al carlista, y ayer en los campos de batalla se hizo acreedor á las recompensas otorgadas á los valientes, y hoy con sus preciosos escritos, elogiados á porfía por carlistas y liberales peritos en el arte de la guerra, con su influencia personal no escasa y con su actividad, que es asombrosa, presta servicios que no por dejar de ser expuestos, son menos meritorios ante el R... y ante nuestros correligionarios.

No nos excederemos jamás en cuantos elogios dediquemos al distinguido Jefe carlista D. Antonio Brea, pues durante los años que el Director de esta ilustración se honra con su amistad, se le han ofrecido ocasiones repetidas de aquilatar los merecimientos, el valer y la modestia de uno de los colaboradores más constantes de EL ESTANDARTE REAL, y no encontramos palabras con que ponderar lo mucho que para nosotros y para tantos otros vale el Brigadier Brea.

Su biografía la hallarán completa nuestros amigos en el *Album de Personajes carlistas*.

En estos breves renglones sólo nos hemos propuesto presentar en esbozo el retrato de D. Antonio Brea, como más adelante esperamos hallar ocasión de delinear el de su hijo don Reynaldo, hoy en Filipinas, el cual podríamos dejar hecho ya hoy, si dijéramos que en su entusiasmo por la Causa, en su lealtad al R... y en su actividad siempre que de servir á éste y á aquélla se trata, es el fidelísimo trasunto de su padre.

## Monumento dedicado al General Ortega.

(Pág. 245.)

Llama la atención en el Cuarto de Banderas del Palacio Loredán un mausoleo de mármol gris, de pequeñas dimensiones, pues sólo alcanza 37 centímetros de alto por 18 de ancho, ideado por el Sig. Luigi Gasparini, eminente artista italiano, cuyo es el dibujo del presente número, y en el cual, y por bajo la columna tronchada que se levanta, están guardados un mechón de pelo y la llave del ataúd en que yacen los restos del mártir por nuestra Causa, el General Ortega, objetos ambos regalados á Don Carlos por el bizarro General Cavero, ayudante en 1860 del infortunado Ortega, y que estuvo también en capilla, con D. Joaquín Elío, por los sucesos de San Carlos de la Rápita.

**Vista panorámica de Morella.**

(Pág. 248.)

Tuvo tal importancia esta plaza en nuestras tres guerras, y particularmente en la primera, que nos ha parecido pertinente presentarla, á la par que en su típico aspecto en 1838, en el que ofrece hoy.

**Cantavieja.**

(Pág. 249.)

Los ejércitos del Centro la eligieron por su Cuartel general, y algún día pensamos ocuparnos en EL ESTANDARTE REAL en las peripecias y luchas de que ha sido teatro no hace muchos años.

El dibujo de este número está tomado de un croquis del natural con que nos ha favorecido nuestro nuevo colaborador, el respetable oficial carlista D. Carlos Cruz Rodríguez, residente hoy en Sevilla.

**Páginas de un carlista.**

(Págs. 251-252-253-254.)

Ocuparán algunos números de esta Revista, y sin duda los animados incidentes que con lenguaje sencillo y elegante refiere el Sr. Sagredo y Escolano, ilustrados con dibujos de Pellicer Monseny, recrearán á nuestros lectores, singularmente á los muy jóvenes, ansiosos de ser algún día protagonistas en lances de guerra, que Dios querrá vuelvan para bien de la Religión y definitiva salvación de la Patria.

Con razón sobrada deben de estar quejosos nuestros lectores de la irregularidad con que llega á sus manos EL ESTANDARTE REAL. Esto, aparte el defectuoso servicio de Correos que disfrutamos en España bajo el dominio de todos los liberalismos, reconoce por causa, como ya hemos indicado otras veces, la especialidad técnica y artística de nuestra publicación, para la cual no contamos con el socorrido recurso de traer á esta Ilustración grabados que hayan visto la luz en otras, sino que todos, absolutamente todos, deben ser y son originales.

Nos prometemos regularizar muy en breve la mancha de EL ESTANDARTE REAL; pero como no sería esto bastante á desagraviar á los lectores de esta Revista que estuvieren disgustados por no recibirla puntualmente, y como de día en día es mayor la aceptación que así en la Península como en Ultramar y en el Extranjero va alcanzando, hemos pensado....

Pero lean nuestros abonados lo que desde Venecia dicen á *El Correo Español*, y verán de lo que se trata.

Cedemos la palabra á *Marcos Laguna*:

«Debo mencionar una obra que en estos momentos está ejecutando Luigi Gasparini, el elegante y concienzudo artista, cuyo nombre pasará á la posteridad unido á la monumental obra de Ongania, *La Basílica de San Marcos*, que en sus 18 tomos en folio va enriquecida con las insuperables ilustraciones de los más eminentes pintores venecianos, y en especial de Gasparini.

»Dicha obra es una detallada reproducción en colores de la sala de armas del palacio Loredán, con todos los objetos que las cubren. Ocupará varios cartones y exigirá, como es natural, bastante tiempo; pero resultará una acabadísima obra de arte, á juzgar por el lienzo de honor, único terminado, que es una verdadera joya.

»El Duque de Madrid conservará los originales, pero piensa hacerlos reproducir en España; de suerte que nuestros amigos que los posean podrán formarse cabal idea de lo que es ese museo, único en su género, santuario de nuestra causa, panteón de nuestros héroes, sala de los grandes recuerdos, de los grandes ejemplos y de las grandes esperanzas, y recinto donde Carlos VII se recoge á meditar entre sus viejas bande-

ras, y á reconfortar el espíritu con el espectáculo, por decirlo así, palpitante, de todo lo que debe á su adorada España.»

EL ESTANDARTE REAL, que ya antes de su aparición y muchísimo más después de ella ha merecido constantemente la atención y cariño especialísimos de Don Carlos, es el honrado con la misión á que se alude en las precedentes líneas.

Obra ya en poder nuestro el primer cartón, y está próximo á llegar el segundo. Basta ver aquél, para comprender que no anduvo exagerado *Marcos Laguna* al atribuir á dicho trabajo un mérito tan raro por lo artístico y primoroso del trabajo.

Cuatro serán, probablemente, los cartones que pinte Gasparini, y cada uno de ellos requiere la confección de un cromo, el mejor entre los mejores que se hayan publicado hasta hoy, un número indeterminado de tintas (tal vez 16 ó 18, comprendiendo el plata y el oro), y por lo tanto un gasto superior á una Empresa naciente, si no contara ésta, cual la nuestra, con un número crecidísimo de amigos entusiastas que por todos los medios á su alcance tratan de fomentar la lectura de nuestras publicaciones, multiplicando así con rapidez el número de los suscritores.

De su cooperación necesitamos para progresivamente mejorar EL ESTANDARTE REAL y en su celo y abnegación fiamos para hacer de esta Revista una de las mejores publicaciones en su género, como de ello ha de ser muestra evidéntísima la publicación de los cromos aludidos, que pensamos iniciar en uno de los próximos números.

Está visto que entre periodistas no cabe guardar un secreto.

Véase si no el cariñoso *abuso de confianza* que con nosotros han cometido nuestros excelentes y estimados hermanos de propaganda *El Legitimista*, de Valdepeñas, y *La Juventud Leal*, de Miguelurra, descorriendo el velo que ocultaba un proyecto del cual no pensábamos dar cuenta al público hasta dentro de algunos meses.

Ha dicho el primero de los citados colegas:

«Parece que la *Biblioteca Tradicionalista* se ha propuesto editar para el año 91 un lujosísimo *Almanaque* que superará, bajo los puntos de vista artístico y literario, al que ha publicado la misma Empresa en el presente año, á pesar de ser éste el mejor quizás de los que han visto la luz en su género.»

Y escribe *La Juventud Leal*:

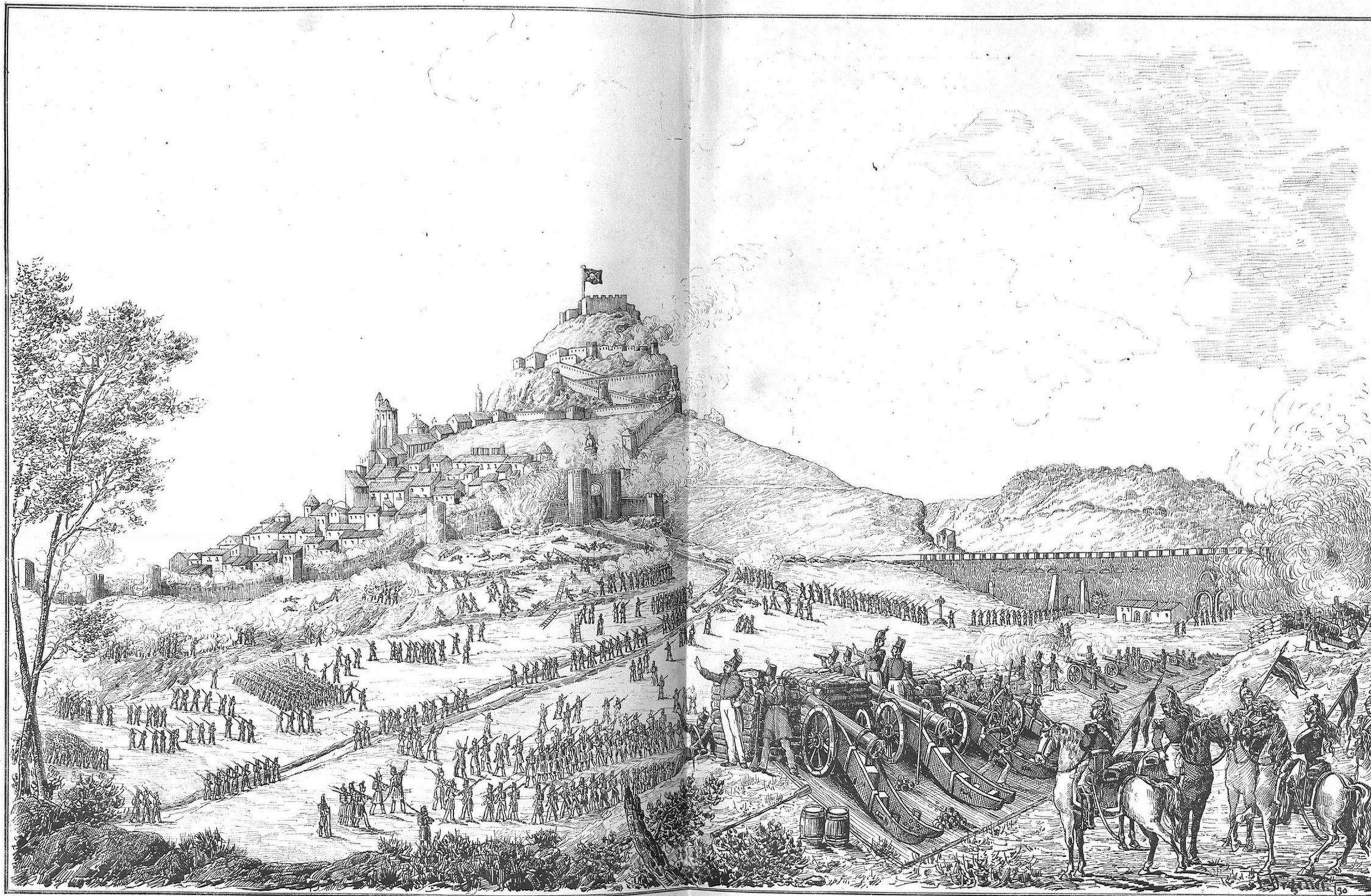
«Según tenemos entendido, está preparando la *Biblioteca Tradicionalista*, de Barcelona, un elegantísimo y lujoso *Almanaque* para el próximo año de 1891, que por lo visto va á superar en gusto é interés al publicado por la misma Casa en el presente año.

»La *Biblioteca Tradicionalista*, que no perdona medio alguno para la propaganda carlista, está poniendo todo su empeño en que el *Almanaque* en preparación resulte, por todos conceptos, una verdadera obra de arte; para lo cual cuenta ya con las firmas de reputados escritores, muy conocidos en el mundo de las letras. Estará profusamente ilustrado con ingeniosos y bonitos dibujos, originales de nuestros mejores artistas.

»Cuando se publique dicho *Almanaque*, lo anunciaremos á nuestros suscriptores, para que no dejen de adquirirle todos ellos.»

A lo dicho sólo debemos añadir que efectivamente aspiramos á que nuestro *Almanaque* para 1891 supere en mérito artístico y literario al de 1890, á pesar de lo cual el precio de venta será también el de una peseta.





SEGUNDO ASALTO DADO Á LA PLAZA DE MORELLA EL DÍA 17 DE AGOSTO DE 1838.

COPIA DE UN GRABADO DE LA ÉPOCA.—DIBUJO Á LA PLUMA POR URGELLÉS.

